

50

CARTAS
PARA
ESTRELLA
*la Jugada
Perfecta*



Cuento sobre Valores del Deporte
para niñas y niños de 8 a 12 años

Escribe:

Clara Redondo Sastre

Ilustra y maqueta:

El Rubencio

Coordinan:

María Sánchez Martín

Rubén Pacheco Díaz

Javier Sánchez Sobral

Daniel Butti Julià

Camila Mercado

Lola Ramírez Álvarez

Montse Ramírez Álvarez

Edita:

CEAPA

Puerta del Sol, 4 - 6° A

28013 MADRID

Imprime:

IO Sistemas de Comunicación

Enrique Granados 24

28523 Madrid

Primera edición:

Diciembre 2025

Depósito Legal: M-1997-2026

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:

María Sánchez Martín, Rubén Pacheco Díaz, Javier Sánchez Sobral, Daniel Butti Julià, Gemma Aguado López, Raúl Luis Pelegrín, Inmaculada López Noves, Vicente Manuel Brito Rodríguez, Leticia Cardenal Salazar, Cristina Prados Arroyo, L. María Capellán Romero, Cristian Gil Martínez, Hadduch Marzok Mohamed, Rogelio Carballo Solla, Ángela Sesto Yagüe, Isabel Maldonado Zambudio, Maite Franco López, Javier López Hernáez, Josep P. Albiol Esteller.

50 CARTAS PARA ESTRELLA *la Jugada Perfecta*

**Cuento sobre Valores del Deporte
dirigido a niñas y niños
de 8 a 12 años.**

Escrito por:

CLARA REDONDO

Ilustrado por:

EL RUBENCIO



Confederación Española de Asociaciones
de Padres y Madres del Alumnado

INTRODUCCIÓN

Desde **CEAPA**, seguimos creando materiales que ayuden a las familias a acompañar a sus hijos e hijas en temas esenciales para su crecimiento. En esta ocasión, te invitamos a adentrarte en una historia que puede servir como punto de partida para hablar sobre el deporte, la autoestima y las relaciones entre iguales. El baloncesto, como cualquier disciplina deportiva, ofrece un espacio ideal para aprender a trabajar en equipo, gestionar emociones y descubrir nuestras propias fortalezas. Es importante que estas conversaciones se den en un clima tranquilo y cercano, con un lenguaje claro y natural, para que los más pequeños se sientan cómodos expresando lo que sienten y piensan.

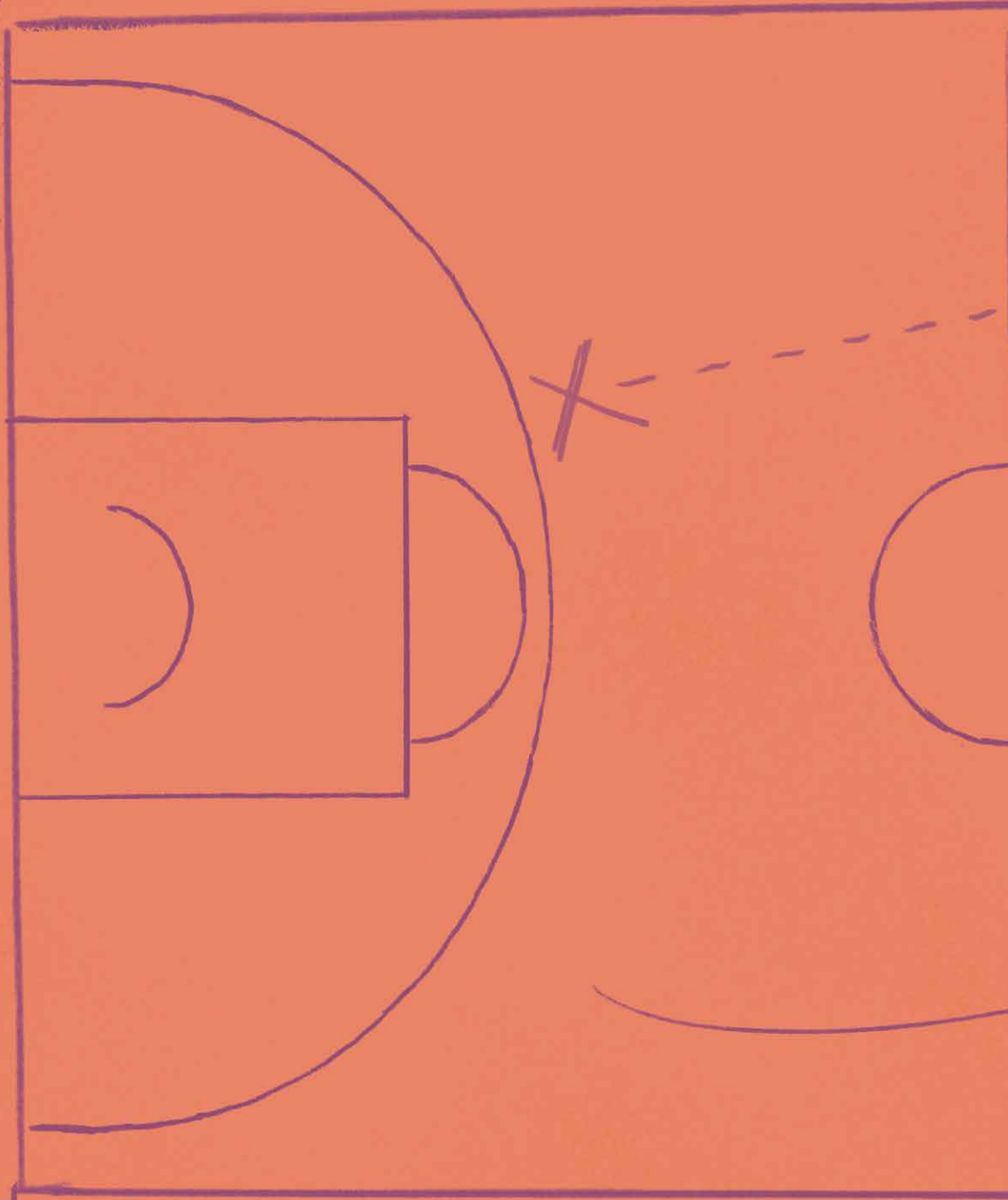
Prepárate para un viaje que comienza muy lejos de aquí, donde conoceremos a Yudita, una joven apasionada por el baloncesto que, casi sin esperarlo, se embarca también en una búsqueda muy personal. Un viaje que no solo la llevará a cruzar fronteras, sino a adentrarse en recuerdos, pistas y emociones que la acercarán a una historia familiar que siempre estuvo en silencio.

En un lugar desconocido, y rodeada de un grupo de niñas que forman un equipo muy especial, Yudita tendrá que aprender a compaginar dos retos: entender lo que ocurre dentro de la pista y seguir el hilo de una búsqueda que, sin saberlo, transformará la forma en la que mira el mundo.

A lo largo de esta historia, veremos cómo el deporte no es solo competición: también es empatía, esfuerzo compartido, escucha y respeto. Entre amistades que cambian, miedos que aparecen y pequeñas victorias que van más allá del marcador, tanto Yudita como el equipo descubrirán que cada jugadora, con sus diferencias y talentos, tiene un papel importante dentro del grupo. Y que, a veces, las respuestas que buscamos se esconden en los lugares más inesperados.

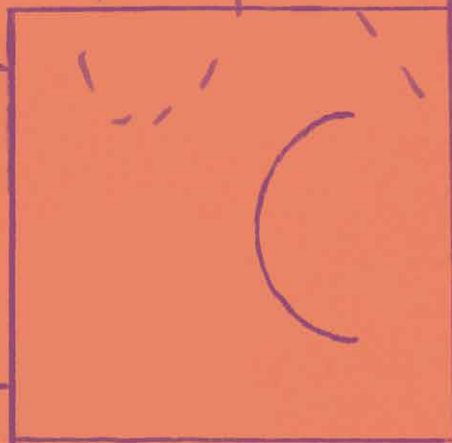
Esta narración nos invita a reflexionar sobre la importancia de sentirnos parte de algo, de confiar en los demás y de crear espacios donde cada niño y niña pueda crecer sin miedo a equivocarse. El baloncesto será el hilo conductor, pero lo verdaderamente valioso estará en las lecciones que surgen cuando trabajamos juntos... y cuando nos atrevemos a mirar hacia nuestras propias raíces.

¡Acompáñanos en esta aventura! Ojalá disfrutes de la lectura y que esta historia inspire muchas conversaciones en familia.



Para su Padre.

Clara



A mis hijos,
para los que el Balaminto
es una pequeña isla
tambié veranear"
M. Benito

F.



Una caja llena de sorpresas

Estoy en *shock*. ¿Por qué nadie me lo ha contado? A mis veinte años me entero de que mi abuela Sofía no es lituana. ¡Es española! Y que tiene una hermana gemela que se llama Estrella. Una hermana con la que no se habla desde que tenía veinte años, cuando salió de España y se vino a Lituania. ¡Cincuenta años sin hablarse! ¡Qué locura! Siempre he creído que mi abuela era hija única. Igual que mi madre.

Yo también soy hija única.

Hoy ha sido un día que nunca olvidaré: 11 de agosto, su cumpleaños. Siempre lo celebramos juntas. Ella se suele vestir como siempre, con sus pantalones, su camisa y su chaleco, y, como detalle especial, se pone sus pendientes de perlitas, los que le regalaron de pequeña. Le sientan fenomenal a su cara de piel morena y ojos marrones. Y también se perfuma. Mmmm, adoro cómo huele su cuello cuando la abrazo. Vamos en su coche hasta la península de Curlandia y pasamos el día allí. Lo primero que hacemos es subir al monte de las brujas (nos encanta saludar a las esculturas de madera, siguen siempre ahí). Después nos acercamos a Nida. Allí comemos unos *zėpelinai* frente al mar y volvemos a casa al atardecer. No hemos fallado ni un solo año desde que yo era una niña, cuando mi abuela se ocupaba de mí mientras mis padres recorrían el mundo como violinistas de la Orquesta Nacional Lituana.

Cuando he llegado a su casa, me la he encontrado en pijama y desaliñada, sentada en su silla, con la mirada perdida, frente a un montón de sobres de cartas apilados sobre el escritorio. Con lo alta que es, estaba tan encorvada que parecía un árbol medio caído después de una tormenta. Tenía los ojos hinchados de llorar. Me ha dado un vuelco en el estómago. Algo malo pasaba. Me he sentado a su lado y, después de mirarme durante unos larguísimos segundos, ha cogido uno de los montoncitos y me lo ha dado. Le temblaban las manos. En todos los sobres estaba escrito el mismo nombre y la misma dirección: «Estrella Galán de las Heras. Calle de la Media Luna, 7. Barrio del Rollo. Salamanca. España». Entonces, ha empezado a contarme lo que me tenía que haber contado hace muchos años...





¿Donde estás, Estrella?

Ya estoy aquí, en un hostel de Salamanca, recién llegada del aeropuerto. No hay vuelta atrás. ¿Por qué mi abuela me ha ocultado que es española y que llegó a Lituania con veinte años? ¡Justo los que tengo yo! Aquí en España dejó a sus padres, a su hermana, a sus amigos... Lo dejó todo por amor. ¡Pobre abuela Sofía! Con qué tristeza me contó que sus padres quisieron obligarla a dejar a ese estudiante lituano del

que se había enamorado. Le dijeron que si salía por la puerta de la casa para estar con ese chico le prohibían volver a entrar. ¡Menudos dictadores! Y pensar que esos señores eran mis bisabuelos... No puedo imaginar cómo ha podido vivir con esa pena todos estos años. ¿Por qué nunca intentó volver? «Eso me lo quedo para mí, bonita mía», me contestó cuando se lo pregunté esa mañana.

Aquellas cincuenta cartas... Escribió una cada 11 de agosto para felicitar por su cumpleaños a su hermana gemela, pero nunca se atrevió a mandarlas. Para eso estoy aquí. Para encontrar a Estrella y dárselas. Y contarle que su hermana no ha dejado de pensar en ella ni un solo día. Y también estoy aquí para conocer mis raíces. Una parte de mí es también de esta ciudad. De este país.

Cómo me he podido tragar durante todo este tiempo que mi abuela nos hablaba en español a mi madre y a mí porque, cuando ella era pequeña, en el

colegio de Kaunas se hizo íntima amiga de Anita, una niña española. Anita le enseñó español y, en homenaje a ella, nos lo enseñó a nosotras. ¡Qué ingenua soy! Nunca me dio por pensar que eso era rarísimo. ¿Y mis padres? ¿Mi madre lo sabe? Ay, abuela, qué malo es que haya un secreto en la familia. No me estás escuchando, pero que sepas que voy a hacer todo lo posible por encontrar a Estrella, tal y como te prometí. Y no digas tonterías, no te queda poco tiempo de vida. Estás fenomenal. Solo se te ha venido encima de repente todo el peso de la nostalgia.

Cuando aquel 11 de agosto me dijo que soñaba con volver a ver a su hermana, una fuerza poderosa me invadió:

—Yo lo haré por ti, abuela. Voy a encontrar a Estrella.

Ella me miró y vi que sus ojos brillaban.

—¿Tú lo harías por mí?

—Por supuesto que sí, abuela.

Lo más difícil fue hablar con Neringa, mi entrenadora. Ella me consiguió la beca para jóvenes promesas para entrar en la Residencia de Alto Rendimiento. Allí puedo compatibilizar mis estudios universitarios con los entrenamientos. Y también fue ella quien me fichó para su equipo, el Neptunas Klaipeda, top en la liga profesional lituana. Se llevó un disgusto cuando quedé con ella y le dije que me tenía que ir del país «por motivos personales» durante un tiempo. Al principio se enfadó, me dijo que me dejara de bromas pesadas. Me intentó convencer: que soy muy joven para irme sola, que soy una jugadora muy importante para el equipo, que estoy en un momento fundamental en mi carrera como jugadora profesional, que mi contrato con el club me obliga a cumplir con todos los entrenamientos... No me quedó más remedio que contarle cuál era el verdadero motivo de mi decisión. «De acuerdo, encuentra pronto a esa mujer y vente para Kaunas. Tu equipo te necesita».

Mañana empezaré a buscarla. ¿Estará viva? No podría soportar volver a Kaunas con la noticia de que mi tía abuela ha fallecido. No, por favor, que esté viva... Y, si está viva, ¿la voy a reconocer? ¿Y ella a mí? Quizá sí. Me parezco a mi abuela, aunque ella tiene los ojos marrones y yo verdes. Es muy loco todo. Tengo miedo. Necesito conocer esta ciudad en la que vivió durante sus veinte primeros años y donde fue tan feliz. Cómo le brillaban los ojos aquel día en el que me contó todo. Me habló de su familia, de sus padres, siempre tan severos, pero sobre todo de su hermana Estrella. Quiero buscar esos rincones por los que andaban ellas dos, de los que me habló con la mirada perdida en el pasado y con una sonrisa en la cara. ¿Cómo será tener una hermana gemela?

Este hostel me gusta, es acogedor. Samuel, el chico de la recepción, ha sido muy amable conmigo. Qué raro hablar en español con otras personas que no son mi abuela o mi madre. Samuel me ha dicho que lo hablo fenomenal. ¡Qué bien!



El parque de las Golondrinas

Ayer y hoy han sido días intensos. Vaya personaje Samuel. Gracias a él, ayer conseguí una pista sobre Estrella sin dar demasiados rodeos. Ayer por la mañana, me recibió en la recepción con una gran sonrisa.

—Buenos días, Yudita. ¿Has descansado bien? ¿Qué plan tienes para hoy?

No me atreví a contarle de primeras a lo que había venido.

—Pues... dar una vuelta por el barrio del Rollo.

—¿Has venido a Salamanca para pasear por este barrio? ¡Mujer! Aquí todo el mundo viene a visitar el centro de la ciudad. ¿Qué se te ha perdido a ti aquí? Además, hace años que esto no se llama El Rollo. Ahora es el barrio del Oeste.

—Pero imagino que no habrán cambiado el nombre de las calles, ¿no?

—A ver, qué calle buscas. ¿Has venido a visitar a algún familiar o a algún amigo?

Apoyó el codo en el mostrador, la cara en su mano y me miró atento esperando mi respuesta. ¿No se estaba tomando demasiadas confianzas? Su postura y su mirada chispeante me hicieron gracia, pero no quise contarle a qué he venido a Salamanca.

—Calle de la Media Luna.

—Ah, claro que la conozco. Es una zona muy chula, de artistas y tal. Voy mucho por allí, a casa de mi amigo Dani, que vive cerca.

Me empezó a cosquillear el estómago.

—Ven, te digo por dónde tienes que ir.

Salió del mostrador y, ya en la calle, señaló al frente con el dedo:

—¿Ves aquel rótulo amarillo? Pues allí tuerces a la derecha, luego sigues de frente hasta que veas un mural enorme de una mujer con una paloma, hay muchos grafitis por allí, ya los verás, luego giras a la derecha...

Bla bla bla.

—... y ahí mismo está la calle de la Media Luna.

Le di las gracias y me despedí sin haberme enterado de nada.

—¡Que pases buen día! —le escuché a mis espaldas.

Soplaba una brisa fresca, que anunciaba el tiempo gélido que haría en invierno. Me dejé llevar. Era agradable caminar sin rumbo fijo, sin prisa. Todo era muy diferente a Kaunas. Las calles, las tiendas, los bares, los murales tan originales pintados en las

paredes, la gente... ¿Reconocería a Estrella si me la cruzase? ¿Serán idénticas?

No sé cuánto tiempo había caminado cuando llegué a una pequeña plaza repleta de árboles. Al ver en el centro la fuente con los siete chorros que salían desde el suelo de baldosas azules, reconocí el parque de las Golondrinas. El corazón me empezó a latir muy fuerte. Me senté en un banco y cerré los ojos. Inspiré hondo y recordé la conversación con mi abuela aquel 11 de agosto:

—Siempre íbamos al parque de las Golondrinas. Estaba a la vuelta de mi casa. Allí jugábamos al rescate Estrella y yo con nuestros amigos. ¡Cómo nos divertíamos! A mi hermana y a mí no nos pillaban nunca.

—¿Estrella es tan alta como tú, abuela?

—Sí, éramos... Bueno, somos —le brillaron los ojos— iguales en todo. Tenemos una constitución atlética. Y somos de la misma estatura. Nuestros amigos querían ir siempre con nosotras, en nuestro equipo.

Estábamos deseando que llegaran los domingos. Era el único día que nos dejaban salir a jugar.

—¿Solo un día de diversión?

—Nuestros padres pensaban que nuestra obligación era ir al colegio, estudiar y ayudar a mi madre en las tareas de la casa.

—Vaya, abuela, si te hubieran dejado, podrías haber sido una gran jugadora de baloncesto.

—Puede que sí, hija. Ya sabes cuánto me gusta. Pero prefiero no pensar en lo que pudo haber sido. En esa época era difícil para una mujer dedicarse profesionalmente al deporte.

—Ya... —la conversación me estaba poniendo triste—. Bueno, ¿y qué más hacíais en el parque?

Se echó a reír.

—Eres muy preguntona, ¿sabes?

—Abuela, te recuerdo que me acabo de enterar de algo que me habéis ocultado durante toda mi vida. Tengo derecho a saber, ¿no crees?

—Claro que sí, Yudita. Entiendo cómo te sientes. Y ahora me arrepiento de haber dejado pasar tanto tiempo, de no haber sido sincera contigo.

—No pasa nada. Tus razones tendrás. ¿Qué más hacíais en el parque?

—Allí pasamos nuestra adolescencia. Éramos una pandilla muy unida. Cuando ya fuimos haciéndonos mayores, dejamos de jugar al escondite y empezamos a tontear con los chicos.

—Ah, eso me interesa muchísimo.

—No creas. No tengo mucho interesante que contar. Me acuerdo sobre todo de Facundo. A los dos nos gustaba mucho leer y nos intercambiábamos los tebeos que nos comprábamos en el quiosco. Creo que estaba enamorado de mí. Pero yo de él nada de nada. El amor de mi vida me llegó más tarde, con tu abuelo. Ya sabes lo que pasó.

—Sí, abuela, lo sé. ¿Y Estrella? ¿También tuvo pretendientes?



—A mi hermana nunca le interesaron los chicos. Creo que le gustaban las chicas, pero nunca se atrevió a contármelo. En esa época estaba muy mal visto. ¡Ay, Yudita, qué recuerdos! Parece que estoy viendo aquella fuente en el parque de las Golondrinas. Tenía siete chorros que salían del suelo de forma intermitente y jugábamos a pasar por debajo sin mojarnos. Incluso en invierno, con los abrigos puestos, ¡imagínate el enfado de mi madre cuando llegábamos empapadas a casa!

Ha sido emocionante estar en ese parque donde mi abuela vivió su infancia. Sentía que ese lugar también era parte de mí. Después de un buen rato, me levanté y seguí mi camino. Ya estaba más cerca de la calle donde podría estar Estrella: solo tenía que buscar a la espalda del parque. Al doblar la esquina, la encontré: Calle de la Media Luna. Pero en el lugar donde tenían que estar las casas bajas donde había vivido mi abuela, habían construido un gran

bloque de pisos. Qué mal. Me sentí como un globo al que explotan con una aguja. Vacía. Perdida. Sin energía. Me di la vuelta y volví al hostel caminando despacio, como un autómatas. En mi primer intento, había fracasado.

—Qué, ¿has encontrado a quien buscabas? — Samuel seguía detrás del mostrador. Al ver la decepción en mi cara, me ofreció—: ¿Te apetece un café? Me acabo de preparar uno. Sienta bien compartirlo cuando algo te ha salido mal.

Sentados en los dos silloncitos del vestíbulo, le hablé de Estrella y de mi abuela. Necesitaba contarle a alguien a qué había venido a España. Me escuchó sin pestañear. Cuando terminé, se levantó de un salto.

—Espérame aquí. No te vayas.

Sacó del bolsillo de su pantalón el móvil y salió a la calle. Después de unos minutos, entró con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—¡Ya lo tengo! He llamado a Dani y él le ha pre-

guntado a su abuelo. No te lo vas a creer: ¡conocía a las gemelas! «Las dos eran altísimas», me ha dicho. Y recuerda el escándalo que provocó en el barrio que una de ellas se fugó con un novio y nunca volvió. Pero te vas a caer de culo: sé dónde se fue la familia de tu abuela cuando construyeron el nuevo edificio. Fue realojada en el barrio Blanco. Allí podría estar ahora Estrella.

Me temblaban las piernas al escuchar sus palabras.

—¿Te ha dicho la dirección?

—No, eso no, pero ya verás como la encuentras.



¡Qué alta eres!

Cuando deje de jugar a baloncesto, voy a ser detective privada. Se me da bien. Para encontrar lo que buscas, solo tienes que observar con atención y seguir minuciosamente las pistas. Y tener la suerte de encontrarte con gente amable, como Samuel. Ah, y medir uno noventa. También aquí en España me miran como si fuera de otro planeta. Aunque estoy

acostumbrada a que me vean diferente, me ha costado más de un disgusto. Menos mal que mi abuela, que es casi como yo de alta, me ha enseñado a llevarlo con estilo. En realidad, ella me lo ha enseñado casi todo. Ay, abuela, solo llevo dos días aquí y te echo mucho de menos. Por cierto, ¡gracias por regalarme el español! Es una pasada poder comunicarme en el idioma de mis antepasados.

Esta tarde me ha sucedido algo increíble. En cuanto Samuel me contó lo del barrio Blanco, salí del hostel como un cohete y me metí en un autobús que me llevaba hasta allí. Cuando me bajé, como no sabía por dónde empezar, decidí simplemente pasearme por sus calles. En una de ellas vi la entrada de un mercado. Me entró curiosidad. Al ver un puesto de frutas de lo más apetecibles, me entraron ganas de probarlas y me coloqué detrás de varias personas que estaban esperando. Cuando llegó mi turno, la frutera me empezó a preguntar:

—Hola, guapa. ¿Qué te pongo? ¿Eres nueva en el barrio?

—Sí, sí, soy nueva, señora.

—¿Qué alta eres, eh, reina? Seguro que juegas a baloncesto.

Respiré hondo. La típica pregunta.

—Sí, juego en un equipo de baloncesto en Lituania, mi país.

—Yo no entiendo, ¿eh?, pero por lo alta que eres diría que tu equipo es de los buenos... —decía mientras metía unos caquis en una bolsa.

—Eh..., sí, soy jugadora profesional —contesté con un poco de vergüenza. Era raro hablar de mi trabajo con gente desconocida.

—Bueno, bueno, bueno, ¡tenemos aquí a una baloncestista de élite! Además, hija, qué bien hablas nuestro idioma.

Nos interrumpió una señora con muy mal genio diciendo a la frutera que la atendiera ya, que tenía

mucha prisa. En ese momento, sentí que alguien me tocaba en el hombro.

—Disculpa. —Era una mujer con el pelo azul y gafas de pasta azules, que me miraba sonriente—. He seguido vuestra conversación y qué casualidad. Te parecerá muy loco lo que te voy a pedir, pero... ¿te interesa entrenar a un equipo de baloncesto?

Me explicó que era la directora de un colegio y que se habían quedado sin entrenadora para el equipo infantil femenino. Que sería maravilloso si yo pudiera hacerme cargo. Me quedé muda, sin la más remota idea de lo que contestar.

—Pero yo no sé cuánto tiempo voy a estar en España —me excusé—. Y nunca he sido entrenadora, solo soy jugadora.

—¡Por eso no te preocupes! Seguro que lo haces fenomenal, una profesional como tú... Además, es solo hasta que encontremos a otra persona.

Me quedé en silencio otro buen rato. A mi alrede-

dor, los clientes me miraban expectantes esperando mi respuesta. ¿Entrenar a un equipo sin haberme formado como entrenadora? Aunque... ¿y si fuera suficiente con enseñarles todo lo que sé? Porque sé bastante... Pero yo he venido aquí a encontrar a Estrella. Aunque... en algún rincón de este barrio tiene que estar ella... Esa coincidencia parecía una señal del destino, así que, por qué no, me dije. Y acepté. El próximo lunes empezaré a entrenar.



Demasiado bonito para ser verdad

Había corrido la voz de que íbamos a tener una entrenadora nueva para esta temporada y que es una jugadora profesional lituana. ¿Nosotras? ¿Qué se le ha perdido a una jugadora profesional en el equipo infantil femenino del Colegio Monte Hermoso? Demasiado bonito para ser verdad. Pero... ¿y si fuese verdad?

El primer día de entrenamiento, habíamos quedado Valle y yo en mi portal. Las dos estamos en el equipo y vamos juntas a entrenar. Cuando escuché música a lo lejos, supe que ya llegaba mi amiga. Ella se encarga de amenizar el calentamiento con la música a tope. La pone tan alta que no nos escuchamos, pero no importa, nos gusta y así empezamos motivadísimas a entrenar. Algunos vecinos nos miran mal cuando vamos hasta el colegio, pero nosotras saludamos muy simpáticas. ¿Qué mal puede hacer un poco de música en la vida?

—¡Qué nervios! —me dijo nada más verme—. Berta, ¿te imaginas que sea verdad lo de la entrenadora nueva? ¡Una profesional! ¡Y encima de Lituania!

Valle es una forofa del baloncesto y se le da increíblemente bien. Se sabe el nombre de todas las jugadoras españolas, se ve todos los partidos por la tele y siempre va a ver al Perfumerías Avenida cuando juegan en casa. Por el camino me contó que

en Lituania el baloncesto es el deporte estrella, y un montón de curiosidades más. Me habló de un tal Sabonis, uno muy famoso que jugó en la NBA. Es un ídolo en ese país. Yo no tenía ni idea de todo eso. A mí me gusta jugar, me lo paso muy bien con las de mi equipo; llevamos juntas desde que éramos alevines y estamos muy unidas. Pero buena, buena, lo que se dice buena... la verdad es que no soy.

Fuimos las primeras en llegar. Desde la valla del colegio, por fuera se ven las tres pistas donde entrenamos todos los equipos. El suelo es de cemento y tiene una cubierta por si llueve en invierno y para protegernos del sol en verano. Valle y yo nos paramos en seco y nos quedamos mirando, absortas: en la pista de la izquierda, la chica más alta que habíamos visto nunca, vestida con un chándal verde, cogía el balón, hacía una finta, dos o tres reversos y, con un estilazo increíble, tiraba a canasta desde fuera de la bombilla. Así una y otra vez. ¡Y no fallaba ni una! Valle apagó de inmediato

la música, como si necesitara los cinco sentidos para concentrarse al cien por cien en aquel espectáculo.

—¿Tú estás viendo lo mismo que yo?

Menuda pregunta más tonta. Pues claro que estaba viendo lo mismo que ella, y también estaba viendo su cara, la de Valle, que se había iluminado como un árbol Navidad.

—¡Es increíble! ¡Es verdad que nos va a entrenar una profesional! —dijo emocionada—. ¿Tú sabes lo que eso significa?

Estaba claro que Valle había entrado en trance. Pues no, no podía saber lo que eso significaba.

Empezaron a llegar las demás del equipo.

—¡Ostras, es verdad! —dijo Lola, que también es una forofa del baloncesto, casi tanto como Valle—. ¡Una profesional! ¡Es altísima! ¡Y qué bien tira!

—Este año vamos a arrasar —dijo Valle al mismo tiempo que ponía la música de nuevo a todo volumen—. ¡Venga! Estoy deseando conocerla. Seguro

que es una crac.

Todas en piña nos dirigimos hacia allí. Vimos que ya tenía todo preparado para el entrenamiento: la red con los balones, unos conos apilados y unos bancos colocados en fila. Creo que a todas nos pasaba lo mismo: estábamos ilusionadas, nos sentíamos importantes, qué bien nos lo íbamos a pasar y, además, por fin íbamos a empezar a ganar. Estoy segura de que todo esto estaba en nuestras cabezas mientras nos acercábamos a ella. Al menos en la mía. Sin embargo, oh, oh. Cuando se percató de nuestra llegada (era obvio, con la música atronadora) y nos miró, nos paramos en seco: como a cámara lenta, se colocó frente a nosotras con las piernas abiertas como dos columnas y puso los brazos en jarras en plan «aquí estoy yo». Tan alta, era imponente de cerca.

—Soy Yudita, soy vuestra nueva entrenadora. Espero que estéis dispuestas a trabajar duro, porque yo vengo a darlo todo con vosotras. Ah, y aquí venís



a entrenar, no a bailar, así que tú, ¿cómo te llamas? —y sin esperar respuesta—: ¿puedes apagar la música, por-fa-vor?

Las del equipo nos conocemos desde infantil y nos llevamos bien, aunque, en cuestión de baloncesto, hay como dos bandos: las que son muy competitivas y les sienta fatal cuando perdemos los partidos (en concreto son dos: Valle y Lola), y las que nos esforzamos mucho, pero nos importa menos perder. Por eso, las palabras de Yudita provocaron entusiasmo en el primer grupo e incomodidad en el segundo. Con Katy, nuestra entrenadora desde que estábamos en alevín, nos divertíamos en los entrenamientos. En la temporada pasada ganamos solo dos partidos. Eso sí, menudo alegrón esos dos sábados. Y es que Katy era más bien del segundo bando: no le daba importancia al marcador. Si ganábamos, fenomenal, ella también daba saltos de alegría, pero decía que, sobre todo, estamos en edad de pasarlo bien. Que el

baloncesto es más que un deporte, es compañerismo, aprender a jugar en equipo, ayudarnos y apoyarnos entre nosotras, que los errores no son fracasos... Katy hablaba muy profundo. Al acabar la temporada, nos dijo con pena que nos tenía que dejar. Empezaba la universidad y se quería dedicar en cuerpo y alma a estudiar filosofía, así que nos fuimos de vacaciones de verano sin saber quién nos iba a entrenar la temporada siguiente. No nos podíamos imaginar que sería una jugadora profesional, y encima lituana, que, según Valle, es lo más de lo más.



Con la lengua fuera

Ya llevamos dos semanas con Yudita y las cosas han cambiado mucho. Según Valle, esto sí que es entrenar. Parece que se le ha olvidado lo bien que nos lo pasábamos con Katy, que se inventaba juegos originales para que nos divirtiéramos. Ella no preparaba unos entrenamientos tan duros, ni se enfadaba con nosotras si no lo hacíamos bien. Porque la diversión era

su objetivo. Sin embargo, en esta semana, de la hora y media de entrenamiento, treinta minutos exactos, Yudita los ha dedicado a hacer preparación física. O, lo que es lo mismo, a torturarnos. El primer día nos avisó de que, desde ese instante, empezábamos la «pretemporada». Sí, yo también me pregunté qué era una pretemporada. Pues es sencillo de explicar: consiste en no parar de correr y hacer series de velocidad hasta que se te sale el corazón por la boca; saltar una y otra vez por encima de diez bancos colocados en fila; lanzarnos unos balones (a los que llaman «medicinales») que pesan como ballenas, y hacer un millón de sentadillas, dos millones de fondos y tres millones de abdominales. Así que, cuando pasan esos treinta minutos de tortura y empezamos el entrenamiento con balón..., yo ya me quiero ir a mi casa.

Valle y Lola están motivadísimas con el estilo de nuestra nueva entrenadora. Valle la que más. Ni le ha importado que nos prohibiera la música en los calen-

tamientos. Todo lo que dice y hace Yudita le gusta, y todo lo justifica. Hasta le pareció bien lo que le dijo a Susi cuando en un entrenamiento se quejó de que le dolía la rodilla. Se acercó a ella y, señalándola con el dedo, le dijo que a nuestra edad no hay dolor, que si quería ser una buena jugadora tenía que aguantarse y sufrir, igual que hacía ella en el Neptunas. Cuando escuché lo que le decía, al principio pensé que estaba bromeando: era imposible que pensara que a nuestra edad no hay dolor. Y más raro todavía lo de que hay que sufrir. No entiendo eso. Yo me canso, a veces me canso mucho, pero eso de sufrir... Me recuerda a las películas de terror. Pero no estaba bromeando, lo decía muy en serio. Susi agachó la cabeza y, sin contestar, siguió entrenando.

—Vamos, Susi, tenemos que ser fuertes —escuché que le decía Lola.

Claro, a Lola no le dolía nada y es una de las preferidas de Yudita. Porque está claro que Yudita se fija

más en las que son mejores. Yo no soy de las buenas, ni Susi ni Coco ni Belén ni Georgina ni Lucía... En realidad, casi ninguna somos «buenas», solo a Lola y a Valle se les da realmente bien, pero hasta ahora eso no nos había importado. Katy nos trataba a todas igual. Para ella, todas éramos importantes. Desde que ha llegado Yudita me siento rara y lo que el año pasado me salía, ahora no me sale. No sé, es como si se me hubiera olvidado lo que he aprendido desde que era alevín. Tengo que esforzarme más si quiero que me haga más caso y me tenga más en cuenta. Porque, como dice Valle, es una suerte tener al mando a una jugadora de élite. Aunque... ¿es de verdad una suerte?

Georgina se ha enterado de cómo ha llegado Yudita a ser nuestra entrenadora. Se lo contó su padre, que había presenciado el encuentro entre Yudita y la directora de nuestro colegio mientras esperaban su turno en la frutería. Cuando la directora se lo propuso, Yudita tardó un buen rato en contestar. El padre de Georgina

vio cómo le brillaron los ojos antes de decir que sí.

Valle y yo nos pusimos un día a investigar en internet sobre ella. Vive en Kaunas, una de las ciudades más grandes de Lituania, y es una promesa del baloncesto lituano. A sus veinte años, ya es jugadora profesional e imprescindible en el Neptunas Klaipeda. Ah, y también está en la selección lituana. Vamos, una crac.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa?

Y dale con las preguntas inútiles.

—Sí, Sí, que nos va a fundir en los entrenamientos.

También en internet encontramos una noticia sorprendente:

Žvaigždė Judith sezono nepradės, nes jai teko sutvarkyti «svarbius šeimos reikalus».

Lo que quiere decir (después de haberlo traducido) que la gran Yudita no iba a comenzar la temporada en la liga lituana porque tenía que resolver un «asunto familiar importante». ¿Asunto familiar importante? Valle y yo nos mordíamos las uñas de curiosidad. Eso significaba que tenía familia en Salamanca.

—Qué extraño, ¿no?

—No es extraño —le contesté—. Mis padres me han contado que en los años setenta hubo muchas personas que tuvieron que salir de España forzosamente y emigrar a otros países.

—Ah, entonces seguro que ha venido a despedirse de algún familiar que está a punto de morir.

—Qué trágica eres...

—Bueno, lo importante es que la tenemos con nosotras. Molan mazo sus entrenamientos, los ejercicios nuevos... ¡Y hacemos pretemporada! ¡Me encanta!

—¡Qué dices! Se pasa un montón. Se cree que somos profesionales como ella. Y te recuerdo que somos un equipo de barrio y que tenemos doce años.

—No seas llorica, ya verás como vamos a ganar todos los partidos.

Ganar, ganar, ganar... Solo piensa en ganar.

—Pues yo prefiero a Katy. Acuérdate de lo genial que nos lo pasábamos con ella.

—Ya, pero Yudita sabe mucho más.

Es imposible que nos pongamos de acuerdo. Para Valle, el baloncesto es su pasión y sueña con jugar en el Perfumerías. Adora a Maite Cazorla y a Silvia Domínguez. Pero yo no soy como ella. Me divierte estar con mis amigas, me esfuerzo en los entrenamientos y disfruto en los partidos. Lo único es que manejo regular el balón y no tengo buena puntería. Aun así, Katy me animaba, bueno, nos animaba a todas. Nos decía que cada una teníamos algo que aportar al equipo, que todas éramos importantes. Aunque perdiéramos, no se le iba el buen humor. Según ella, mi fuerte es la defensa, así que en los partidos me convierto en una lapa para la chica a la que me toca defender. No la dejo ni respirar. Me sentía orgullosa cuando me daba la enhorabuena por cómo me había esforzado. No tengo ni idea de si Katy era buena en táctica y en técnica, lo que sí tengo claro es que conseguía que estuviéramos unidas. La echo de menos. Todas la echamos de menos. Mejor dicho, solo algunas.



¡Qué tonta se ha vuelto!

Ha debido de correr la voz de que tenemos a una famosa en el equipo, porque ahora vienen chicas y chicos de nuestro colegio a ver los entrenamientos. No me gusta. Me da vergüenza que vean lo mal que juego. A Valle, en cambio, le encanta y se hace bastante la chulita. Hasta se ha comprado unas botas de baloncesto y un chándal nuevos. Claro, la entrenadora siempre la pone como ejemplo de cómo se hacen bien las cosas: se luce botando y entrando a canasta con

la izquierda (algo que no sabemos hacer la mayoría), hace los reversos perfectos, no pierde ni un pase y, en el cinco para cinco que jugamos al final del entrenamiento, roba como una leona todos los balones que puede y celebra cada canasta que mete como si la fuera a guardar en la vitrina de los trofeos. ¡Qué tonta se ha vuelto! Se nota que ella y Lola son las preferidas. Hoy, cuando hemos acabado el entrenamiento, Yuditita las ha llamado aparte y, aunque les hablaba bajito, la hemos escuchado: «A partir de ahora, vosotras dos vais a venir media hora antes a entrenar solamente el tiro. Debéis ser las mejores tiradoras de la liga. Os necesito para ganar. ¿De acuerdo?». Era irritante ver a Valle y a Lola con esa cara de bobas, mientras las demás, bueno, yo, en concreto, me siento tan poca cosa. Esperaba que mi amiga se preocupara por mí, bueno, por nosotras, pero parecía que había entrado en el club de las «escogidas. No le dije ni adiós, y me he venido a casa con el ánimo por los



suelos. Cuando he entrado en la cocina, mi padre estaba haciendo la masa para la *pizza* que cenamos los jueves.

—Berta, hija, buenas tardes. Qué cara más mustia traes.

Me he puesto a su lado para ayudarle y así estar entretenida. Cuanto menos piense en el baloncesto, mejor. Total, soy muy mala y no voy a llegar nunca a ser tan buena como Valle, ni voy a jugar en el Perfumerías, ni...

—¿Hola? Tierra llamando a Berta. ¿Estás bien, hija? ¿Qué tal el entrenamiento?

Qué pesado. Que me deje tranquila, no quiero hablar. Yo no valgo para el baloncesto. Todo lo que sabía se me ha olvidado. Lo dejo y ya está. Cuando empiecen los partidos, seré un estorbo para el equipo, así que lo dejo. Lo dejo. Sí, lo dejo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Papá, ¿no entiendes que no quiero hablar?

¿Podemos seguir haciendo la pizza? ¿Me pasas la mitad de la masa, por-fa-vor?

Menos mal que mi padre sabe cuándo tiene que dejarme en paz.

Al día siguiente, cuando le dije a Susi que quería dejar el equipo, se negó:

—¿Tú eres tonta o qué te pasa? ¿Es que se te ha olvidado que llevamos jugando juntas cuatro años? ¿Y que somos una piña? Déjate de tonterías, Berta. Acuérdate de que eres la que mejor defiende.

—Dirás que soy la que mejor molesta a las contrarias... ¿Es que se te ha olvidado a ti lo que me dijo el otro día Yudita? Que tengo que defender con las piernas y no echarme encima de la contraria como si fuera una lapa. Fue una borde al decirme que mi estilo deja mucho que desear.

—Bah, no le hagas ni caso. Ya aprenderemos eso cuando seamos mayores. Y ni se te ocurra dejar el

equipo. ¿Quién me va a hacer las trenzas de raíz antes de empezar los partidos? —me dijo Susi mientras casi me estrangulaba de un abrazo—. Este sábado lo vamos a dar todo en el partido, ya verás. —Yudita había buscado un equipo para que jugáramos un amistoso antes de empezar la liga—. Vamos a dejar a Yudita con la boca abierta.

Cuando llegué al colegio ese sábado, ya había espectadores merodeando alrededor de la cancha. Estuvimos calentando con tanta intensidad, que, cuando el árbitro tiró el balón al aire en el círculo central para comenzar el partido, yo ya estaba agotada. Menos mal que no salí de cinco inicial. Por supuesto, Valle y Lola sí. El estilo de Yudita era muy diferente al de Katy. Andaba nerviosa de lado a lado, gritaba enfadada y se llevaba las manos a la cabeza cuando perdíamos un balón. Puf, qué estrés. Nosotras desde el banquillo animábamos a nuestras compañeras, que empezaron jugando muy mal. De pronto, Yudita gritó:

—¡Pasadle el balón a Valle o a Lola!

—¡Qué bicho esta tía! —me dijo Susi, que estaba a mi lado mordiéndose las uñas—. ¿Y las demás qué?

Valle y Lola se olvidaron de que había más jugadoras en el campo y empezaron a jugar entre ellas. Poco a poco Valle se fue creciendo y también se olvidó de Lola, que le gritaba enfadada al ver que no le pasaba ningún balón. Valle se puso en plan chulita. Jaleada por la entrenadora —que aplaudía cada vez que metía una canasta— y por los espectadores, parecía que ella sola tenía que ganar el partido. Me estaba cayendo fatal mi mejor amiga.

—Valle es una chupona —me dijo Georgina, que estaba a mi izquierda.

Tenía razón. ¿Es que no se acordaba de lo que nos decía Katy, que teníamos que jugar en equipo y levantar la cabeza para ver qué compañera estaba mejor colocada? Iban pasando los minutos y las del banquillo nos empezamos a mirar entre nosotras, in-

quietas. No entendíamos nada. Con Katy jugábamos todas los mismos minutos. De pronto, Susi se puso de pie y se dirigió a Yudita:

—¿Nosotras no vamos a jugar nunca?

Yudita, muy seria, contestó:

—Las cinco que están jugando son las que mejor han entrenado estas semanas. Hay que aprender a estar en el banquillo, ¿entendéis esto? Jugaréis cuando os merezcáis estar en el campo.

Su respuesta nos dejó mudas. Se nos quedó mirando unos segundos y, señalándonos una a una a las que estábamos en el banquillo, nos dijo:

—Vosotras cinco, al campo. Demostradme que sabéis jugar.

Ostras, en ese momento me entró pánico. Mi corazón se volvió loco y sentí mis piernas como si fueran chicles. Pidió el cambio y entramos las cinco del banquillo por las cinco que estaban jugando. Lo que pasó después, mejor olvidarlo. Era como si nues-

tra mente se hubiera vaciado de ideas. Como si no supiéramos lo que era un balón. Ni una entrada. Ni un pase. Ni un bloqueo. Ni dónde estaba el aro. Sentí que todas las miradas de los espectadores estaban puestas en mí, en lo mal que botaba, en lo mal que pasaba, y ni me atreví a tirar porque seguro que la iba a fallar. Y, lo peor, tampoco me atreví a acercarme demasiado a la jugadora a la que me tocaba defender, y ella, claro, lo aprovechó entrando a canasta todas las veces que le dio la gana. Puf, qué mal lo pasé. Cada vez que perdía un balón, sentía que me iba haciendo cada vez más pequeña. Buscaba a mis compañeras en el campo, pero se habían hecho igual de pequeñas que yo y solo veía a las contrarias, que se habían convertido en gigantes. ¡Qué mal! Al acabar el partido, vi que mis amigas, en lugar de quedarse para estar un rato juntas, se desperdigaban rápido, como hormigas en estampida.

Esto se está poniendo feo.



Esto es un desastre

Van pasando los días y no encuentro a Estrella. Parece que se la ha tragado la tierra. Pregunto por Estrella Galán de las Heras, pero a nadie le suena ese nombre. He buscado en redes sociales. En tiendas, en bares, en el centro cultural. Nada. En restaurantes, talleres de coches, ópticas, en los puestos de castañas, en los quioscos, en la oficina de Correos... Nada.

¿Quizá se murió de pena cuando su hermana Sofía se fue? ¿Estará viviendo en otra ciudad? ¿Dónde estás, Estrella? Me pregunto cómo te sentiste cuando pasaban las semanas y tu hermana no daba señales de vida... Tengo que encontrarte. Para que sepas todo lo que Sofía te ha echado de menos.

Ay, abuela, ojalá estuvieras aquí. Encima, Neringa no deja de mandarme mensajes. Dice que no quiere agobiarme, pero que necesita que vuelva, el equipo me necesita. No me atrevo a contarle que estoy llevando un equipo. Para ella, ser entrenadora es una gran responsabilidad. Aunque... quizá sí le gustaría. Siempre se queja de que hacen falta muchas más mujeres entrenadoras. Yo no lo soy, pero intento transmitirles todo lo que sé y preparo los entrenamientos copiando los ejercicios que hacemos con Neringa. Pero..., uf, algunas es que no dan pie con bola. Tengo que ser exigente, que aprendan a sufrir, como he sufrido yo para llegar a donde he llegado en este deporte.

Hoy hemos tenido un partido amistoso contra otro equipo del barrio. ¡Vaya desastre! ¡No han hecho nada de lo que practicamos en los entrenamientos! Las únicas que me gustan son Valle y Lola; tienen cualidades para llegar a ser buenísimas jugadoras. Pero las demás... Menudo desastre.



La leyenda de la cueva de Salamanca

Vale, está claro, el baloncesto no es lo mío, aunque me guste mucho. Como soy tan mala, Yuditita me ha sacado muy pocos minutos en los partidos de la liga. Ya llevamos dos jugados. Uno ganado y otro perdido. Aunque da igual ganar o perder, porque Yuditita siempre está enfadada. ¿Es que no sabe decir las cosas sin

gritar? Valle sin embargo está feliz. A ella y a Lola no les grita, y eso que no todo lo hacen bien. Son unas chuponas. Y me sienta fatal que no les diga nada. Al contrario, cuando vamos perdiendo, Yudita se desespera, nos grita a las demás y nos obliga le pasemos a ellas el balón. ¡Qué rabia me da lo chulas que están!

Hoy ha venido mi abuelo a casa. No es que venga mucho a visitarnos, porque siempre está muy liado con sus visitas turísticas. Debe de ser muy buen guía, porque tiene un montón de buenas reseñas en sus redes y sus grupos siempre están llenos. Suele venir a cenar después de acabar algún freetour, pero hoy ha venido a media tarde.

—Hola, chatilla —me ha dicho cuando ha entrado en mi cuarto—. ¿Qué tal te va? ¿Qué tal el baloncesto? ¿Quieres que te acompañe al entrenamiento?

—Qué dices, abuelo, si nunca has venido a ver ningún entrenamiento.

—Ya, es que me gustaría saludar a tu entrenadora.

—¿Para qué quieres conocer a Yudita?

—No, si ya la conozco. Vino a una visita guiada. Al final nos quedamos charlando y me enteré de que era tu entrenadora. Me hizo muchas preguntas, y algunas me dejaron realmente sorprendido. Conocía de la ciudad algunas cosas que nadie sabe, salvo los que somos de aquí de toda la vida.

—Pues me alegro mucho, abuelo. Es que es superlista la entrenadora —le contesté, a ver si se daba cuenta de que me apetecía cero hablar de ella.

—Sí, sí, muy lista. —No lo había pillado y ha seguido hablando—: Fíjate, hasta me pidió que le enseñara dónde estaba la antigua iglesia de San Cebrián, ya desaparecida. ¡Conocía la leyenda de la cueva de Salamanca!

—Qué leyenda es esa, abuelo.

—¿No te la he contado nunca? Pues resulta que hace siglos había una iglesia pequeña. Debajo de ella había una cripta, una especie de cueva oscura donde

se dice que, cuando la ciudad dormía, se convertía en escuela secreta de artes ocultas.

—¿Artes ocultas?

—Según la leyenda, el diablo, disfrazado de sacerdote o de maestro, enseñaba magia negra, astrología, adivinación y ciencias prohibidas. Solo admitía a siete alumnos y los estudios duraban siete años. Al finalizar, uno de los estudiantes debía quedarse junto al diablo como pago por las lecciones recibidas. Por sorteo, le tocó al marqués de Villena, que decidió huir. En su fuga conservó la vida, pero perdió su sombra para siempre.

—Lo buscaría en internet y te lo contó para hacerse la lista.

—Por qué hablas así de ella, Berta. Fue muy amable. Aunque me pareció que estaba triste. Me hizo muchas preguntas sobre cómo era Salamanca hace cincuenta años. Como si estuviera siguiendo el rastro de alguien.

Me acordé entonces de lo que Valle y yo habíamos leído en internet.



—No sé, abuelo, solo sé que es lituana y que ha venido a España por un asunto familiar. Es jugadora profesional allí.

—¿Lituana?

Mi abuelo se ha quedado callado unos instantes, en plan estatua congelada, como ido, pensando o yo qué sé.

—Abuelo, ¿te pasa algo?

—No, nada, no me pasa nada, solo que... Nada, nada, hija. Venga, te acompaño al entrenamiento.

—No, abuelo, hoy no voy a ir. Me duele la tripa.

—¿Cómo? —ha soltado mi padre, que estaba trabajando en su despacho y nos estaba escuchando—. No me has dicho que te doliera nada.

—Ya... Es que me ha empezado a doler... hace cinco minutos. —Mentira y gorda.

En ese momento, ha sonado el telefonillo del portal.

—¡Berta! Es Valle, que si bajas.

—Dile que estoy mala, que no voy.

—¿Y no le habéis preguntado a qué ha venido a España? —me ha preguntado mi abuelo.

—Pues no. No le hemos preguntado nada. ¿Por qué lo dices?

—No, por nada. Me tengo que ir. Adiós, chatilla. Gracias por la información. —Le han entrado las prisas de repente—. Ya iré a verla otro día.

Ni lo sueñes, abuelo, estaría bueno que te hicieras amiguito de «esa». ¿Por qué me ha dado las gracias por «la información»?

—¡Berta! —mi padre otra vez—. Es Susi y no sé quién más. Que suben.

Nada más marcharse mi abuelo, han entrado Susi y Lucía. Mi habitación se estaba pareciendo a un hotel.

—¿Qué hacéis aquí? —les he preguntado—. ¿No vais a entrenar?

Se han mirado, me han mirado y han dicho que no con la cabeza. Está claro. Esto se está poniendo feo.



Calixto y Melibea, vaya nombrecitos

Ayer faltaron varias chicas al entrenamiento. Eso me tiene disgustada. Está claro que no tienen el compromiso que yo exijo. Les da igual ganar que perder. Ellas corren, eso sí, pero no es suficiente. ¡El baloncesto no va de correr detrás del balón! Noto además que no les caigo bien. Aunque... tampoco estoy en el equipo para hacer amigas. Cada vez

que recibo un mensaje de Neringa, me dan ganas de volverme a Kaunas. Echo de menos mis entrenamientos, a mi equipo. Y a ti, abuela.

Menos mal que tengo a Samuel. Fue él quien me animó a hacer un *freetour* por Salamanca. El abuelo de su amigo Dani tiene un conocido que se dedica a enseñar el casco viejo de Salamanca. Pensé por qué no, quería visitar esa lista de lugares que me había dado escrita en un papel cuando nos despedimos en el aeropuerto. «Quiero que tú seas mis ojos allí».

El guía era un tipo simpático. Me sorprendió lo elegante que iba, con traje y corbata, y su pelo blanco recogido en un moño. Llegué tarde y me perdí su presentación. Estaba contando que ama tanto su ciudad que, ahora que está jubilado, se dedica entre otras cosas a enseñar la «Salamanca auténtica». Paseamos por la ribera del río Tormes, la plaza mayor, las catedrales, el jardín de Calixto y Melibea... Vaya nombrecitos. Pero lo mejor de todo fue esto, abuela:

he conocido la cueva de Salamanca, donde estaba la antigua iglesia de San Cebrián, ese lugar mágico del que me hablaste. Donde ibas con tu hermana y vuestra pandilla para contar historias de miedo. ¡Ahora entiendo por qué te gusta tanto Harry Potter! Y por qué me has contado tantas historias de miedo cuando era pequeña. Fue emocionante imaginarte allí mismo hace cincuenta años. Se me debió de notar, porque el guía se me acercó y puso su mano cálida en mi hombro. Al final de la visita, nos quedamos charlando y en la conversación salió que yo estaba entrenando en un colegio. Y, vaya casualidad, es el abuelo de Berta, una de las chicas que últimamente están faltando a los entrenamientos. Creo que le caigo fatal. Creo que les caigo fatal a todas. Esto de ser entrenadora está yendo de mal en peor. Necesito hablarlo con alguien. Neringa.

—¿Estás entrenando a unas chicas de doce años?

—Qué raro se me ha hecho volver a hablar en litua-

no—. ¡Si tú no tienes formación para ser entrenadora!

Lo sabía. Neringa se ha enfadado conmigo.

—Hago todo lo que practicamos nosotras en los entrenamientos. ¿No es suficiente con eso? Me pone de mal humor que no reaccionan cuando les exijo más. Tú también nos exiges mucho.

—Unas chicas de doce años claro que necesitan que les enseñes toda la técnica que tú sabes, pero no les puedes exigir como si fueran profesionales.

Le he contado que solo Valle y Lola son buenas. En ellas sí confío. Por eso, en los momentos complicados en los partidos, les digo que sean ellas las que asuman la responsabilidad.

—¿En serio haces eso? ¿Es que no te acuerdas de cuando tú empezaste? Te recuerdo que empezaste conmigo, y yo os enseñé lo importante que es el trabajo en equipo. Un equipo funciona solo cuando cada una aporta lo que sabe. Cada jugadora es valiosa y tú tienes que hacerles sentir eso: que son importantes

no por lo bien que juegan, sino sencillamente porque son personas.

—¿Entonces cómo lo hago?

—Yudita, lo más importante es que las trates con respeto. Que las cuides, que saques lo mejor de cada una. Son muy jóvenes y están aprendiendo no solo a jugar al baloncesto. El deporte en equipo enseña otros valores.

—¿A qué valores te refieres? Trato de enseñarles todo lo que sé para que jueguen lo mejor posible.

—Estoy segura de que tu intención es buena, pero ¿sabes por qué no te está funcionando? Porque sienten que solo confías en dos y que el resto no te importa.

—¡Pero es que solo ellas dos lo hacen bien!

—Escúchame bien. Cada una hace lo que puede, y todas se merecen el mismo trato. Lo único que les puedes pedir es compromiso y compañerismo. Que se apoyen entre ellas. Que aprendan lo que les enseñas y traten de ponerlo en práctica, claro que sí, pero que

sepan que no pasa nada por fallar. Si alguna lo hace mal, le explicas cómo se puede hacer mejor. Aprender es un reto. Nos pasamos toda la vida aprendiendo. Fallando y aprendiendo. Para que sigan amando el baloncesto, tienen que sentirse parte del equipo.

Me he quedado muda. Tenía toda la razón. ¡Qué necia he sido con ellas! Ahora entiendo las caras serias y la desgana en los entrenamientos. Ahora entiendo las ausencias. Claro, ahora entiendo por qué les caigo mal.

—Gracias, Neringa. Tus palabras me han ayudado mucho.

—Me alegro. Y ten muy presente que yo siempre he confiado en ti. Vente pronto. Te estamos esperando.

Nada más terminar de hablar con Neringa, he recibido una llamada inesperada: era la directora del colegio. Que han encontrado a una entrenadora para que me sustituya en el equipo. Empezará la semana que viene, así que este sábado será mi úl-

timo partido. Esta llamada ha sido la señal de que es hora de regresar. He fracasado. No me ha salido bien nada de lo que he venido a hacer en España. Ni he conseguido encontrar a Estrella ni he sido una buena entrenadora. Pero no puedo hundirme ahora. Neringa me lo ha dicho claro: «Aprender es un reto. Nos pasamos toda la vida aprendiendo. Fallando y aprendiendo». Al menos, lo que está en mi mano voy a intentar mejorarlo.



O vamos las dos o no vamos ninguna

He tenido que contarle a Valle lo que me pasa de verdad.

—¡Berta! ¡Es Valle, dice que bajas! —me ha gritado mi padre después de que sonara el telefonillo.

—No voy a bajar. Dile que tengo mucho que estudiar. —Mi padre se acercó a mi habitación.

—Insiste en que bajas, que quiere hablar contigo. ¿Pasa algo, hija?

—No pasa nada, no voy a ir a entrenar y ya está. Valle ha debido de subir las escaleras de tres en tres, porque al minuto estaba en mi casa.

—¿Y a ti qué te pasa? —me ha preguntado. ¡Como si ella no lo supiera! Me ha entrado un calorazo por dentro y he estallado.

—Pues que eres una egoísta. Que Yuditita es una idiota. Que Lola y tú sois unas chuponas, que os damos lo mismo las demás, que solo os importa ganar, ganar y ganar, que sois unas pelotas con Yuditita, que yo no sirvo para el baloncesto, que lo dejo, que no voy entrenar más, que...

—¡¡Tía, te puedes callar ya!! —Mi corazón iba a mil—. ¡¡Pero qué dices?? ¡Si te encanta el baloncesto! ¡A las dos nos encanta! ¿Y por qué no me has dicho antes todo esto?

—Da igual. Déjame. Vete tú a entrenar, yo me quedo aquí.

—No me pienso ir. O vamos las dos o no vamos

ninguna. Además, venía a contarte una cosa.

—No me interesa.

—Yudita se va.

—¿Cómo?

—Se vuelve a Lituania. Hoy es nuestro último entrenamiento con ella. Y el sábado será nuestro último partido. Venga, vamos.

Después de pensármelo dos veces, accedí a acompañarla. Nos aguardaban más sorpresas cuando hemos llegado al colegio. Como cuando la conocimos, Yudita estaba en la pista de la izquierda, con su chándal verde. Cogía el balón, hacía una finta, dos o tres reversos y, con un estilazo increíble, tiraba a canasta desde fuera de la bombilla. Pero había algo distinto: un altavoz en el centro del campo disparaba una música tan alta que parecía una discoteca. ¿Ahora que se va quiere ser nuestra amiguita poniendo música? ¿No decía que aquí se venía a entrenar y no a bailar? Yo no entendía nada. Cuando ha visto que



LITVA

5

ya estábamos todas, ha apagado la música.

—Hola, chicas. ¿Podéis sentaros aquí en círculo, por favor? Así estamos más cómodas. Hoy, si os parece, no vamos a entrenar. Al final, jugaremos un cinco para cinco.

—¿Es verdad que te vas? —se ha adelantado Lola.

—Sí, de eso quería hablaros. Imagino que ya sabéis que han encontrado a una entrenadora para vosotras. Menos mal, porque conmigo la cosa estaba yendo... bastante mal. —¿En serio? ¿Yudita reconociendo que ha hecho algo mal?—. Y quiero pedir os disculpas. Me hice cargo del equipo sin haber sido nunca entrenadora.

—¿Y eso qué más da? ¡Sabes mucho de baloncesto! ¡Eres profesional! —ha dicho Lola.

—Soy jugadora, pero no me he formado como entrenadora. Llegué a este colegio por casualidad, no porque me interesara entrenar. Yo a Salamanca he venido por otro asunto que no es el baloncesto.

—Valle y yo nos hemos mirado—. Durante estos meses he querido daros lo mejor de mí, pero no he sabido hacerlo. He pensado solo en ganar y he sido demasiado dura y maleducada con alguna de vosotras.

Al decir esto, nos ha mirado una a una, despacio, en plan esto te lo digo a ti y a ti y a ti y a ti... De pronto, la he visto como si fuera una chica más, no como el ogro que ha sido para mí todo este tiempo.

—¿Y para qué has venido a Salamanca? —me he atrevido a preguntar.

Hemos escuchado su historia casi sin respirar. Qué pena la pobre abuela de Yudita. ¿Pero por qué no dejaron que fuera novia de un lituano? ¿Qué tienen de malo los lituanos? Hay cosas de los mayores que no entiendo.



Una puerta atrás perfecta

Ya he dicho que Yudita ha sido muy popular desde que llegó, y a nuestros partidos ha venido bastante público. Nosotras sabemos que no vienen a vernos a nosotras, más bien a ella. Pero no importa. Mola el ambientazo que hay cada sábado que nos toca jugar en el cole. Y hoy estaba claro que iba a haber un montón de personas, porque todo el mundo se ha enterado de que es su último partido. Incluso mi abuelo.

—Chatilla, ¿a qué hora es vuestro partido? —me ha dicho cuando me ha llamado por teléfono por la mañana temprano.

—Abuelo, si no vienes nunca.

—Ya, tengo que ir más a verte, eso desde luego. ¿Tu entrenadora no se ha ido todavía, verdad? —Vale, es a ella a quien quiere ver.

—Sí, hoy es nuestro último partido con ella. Se vuelve a Lituania.

—¡Ah, eso es perfecto!

—¿¿Pero qué dices?? ¿El qué es perfecto? ¿Antes te caía muy bien y ahora quieres que se vaya? Estás muy raro.

—Nada, chatilla, cosas mías. ¿Entonces a qué hora es el partido?

—A las once.

—Estupendo. Nos vemos luego. Espero que metas muchos goles...

—¡Abuelo!

—Es broma, sé que lo que metes son canastas — me ha dicho mientras echaba una carcajada. No sé por qué estaba tan contento.

Yo también estoy contenta. Y a la vez triste. Hoy es un partido especial. En nuestro último entrenamiento pudimos ver a la verdadera Yudita, una chica que se ha cruzado media Europa para cumplir el deseo de su abuela. Me da pena que no haya conseguido encontrar a Estrella. ¡Y yo que le tenía tanta manía! Me gustó cuando, sentadas en círculo, nos fue diciendo a cada una de nosotras cuál era nuestro punto fuerte en el juego y qué es lo que teníamos que mejorar. A mí, por supuesto, me dijo que era una estupenda defensora. Obvio. Soy buena defensora, y me voy a esforzar para conseguir hacerlo mejor todavía.

He bajado a esperar a Valle para ir al partido, y enseguida he sabido que venía. ¡Qué subidón escuchar la música desde lejos! Cuando hemos llegado al cole, ya estaban varias del equipo calentando y Yudita

sentada en el banquillo. Estaba distinta, como más tranquila. Al poco ha llegado el equipo contrario.

—Estas van las primeras en la liga. Nos van a papear —nos ha dicho Lola en la rueda de calentamiento.

—Ya nos papearon el año pasado —ha dicho Susi.

—Seguro que hoy nos sale un buen partido —ha animado Georgina—. ¿Qué os apostáis? Además, fijaos, ya empieza a llegar gente.

—Hoy hasta viene mi abuelo, que no viene nunca. Yo lo voy a dar todo en defensa —he dicho yo.

—¡Así se habla! —era Valle, que se me ha colgado a la chepa.

Cuando la árbitra ha pitado los tres minutos de antes de empezar el partido, nos ha llamado Yudita al banquillo. Qué nervios. He mirado, pero no he visto a mi abuelo. Seguro que le ha surgido algo más interesante que venir a verme.

—Chicas, a darlo todo. Ya sabéis, concentraos

cada una en hacer lo que sabéis. Y, si falláis, no pasa nada, ¿vale? Lo importante es que os esforcéis, que le echéis garra. Y, sobre todo, que disfrutéis. ¿De acuerdo?

Ostras, qué guay, Yudita, han molado muchísimo tus palabras. Me han entrado ganas de jugar y de echarle garra, como tú dices. Entre nosotras nos hemos mirado y creo que todas hemos sentido lo mismo, ganas de pasarlo bien. Me ha recordado a cuando jugábamos con Katy.

La árbitra ha echado el balón al aire y la primera posesión ha sido para nosotras. A partir de ese momento, el partido ha sido muy emocionante. Las del otro equipo eran mejores, había tres o cuatro que eran tan buenas como Valle y Lola, pero las demás no nos hemos venido abajo. Al contrario, hemos peleado todos los balones. Yo escuchaba a Yudita animarnos desde el banquillo. Si perdía algún balón, me gritaba que defendiera como yo sé. Pero no era

un grito de enfado, más bien un grito energético. También ha animado el público, que nos veía hacer cosas chulas que nunca habíamos hecho: nos han salido los bloqueos, las fintas, los pases... Bueno, estoy exagerandoooo.

Para mí, en concreto, el mejor momento ha sido este: paso el balón a Valle. Valle me hace un gesto con los ojos, en plan «vete por detrás de tu defensora, pero hazlo rápido y sin que se dé cuenta». Yo la obedezco y, ifiu!, me cuelo por detrás de la que me estaba defendiendo. Le pido el balón a Valle (como nos ha enseñado Yuditita), ella me lo pasa, ya tengo el balón en mis manos, compruebo dónde está el aro, hago una entrada y... ¡canasta! ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma! ¡Me ha salido una puerta atrás perfecta! Valle y yo nos chocamos fuerte la mano, porque qué gustazo cuando te entiendes con una compañera y entre las dos sale una buena jugada. En ese momento, escucho a mi espalda: «¡Bravo, chatillaaaa!».

¡Mi abuelo! Qué



subidón que haya venido y me haya visto. La canasta se la he dedicado a Yudita. ¡Ella nos ha enseñado cómo se hace una puerta atrás!

Cuando ha terminado el partido, nos hemos puesto en círculo y Yudita nos ha felicitado. En ese momento nos hemos enterado de que habíamos perdido solo por ocho puntos. Es poquísimo para el repaso que que nos dieron el año pasado. Nos ha felicitado por habernos esforzado, por haber intentado hacer lo que ella nos ha enseñado. A veces lo hemos conseguido y otras no, pero no pasaba nada, lo importante era que nos lo hubiéramos pasado bien. Y que estaba orgullosa de nosotras, que gracias por todo, que le hemos enseñado muchas cosas... Ha sido una charla guapa. Aunque hayamos perdido, estamos contentas. Vamos a echar de menos a Yudita. Qué rabia, ahora que la conocemos más, se tiene que ir.

Pero... lo más emocionante ha venido mientras recogíamos nuestras cosas para irnos a casa. Valle

y yo estábamos sentadas en el banquillo bebiendo agua y Yudita, de espaldas a nosotras a nuestro lado, charlaba con la árbitra. Lo que ha pasado después lo he visto como si fuera una película de esas antiguas de cine mudo, a cámara lenta. Georgina me ha dicho: «¡Berta, tu abuelo!». Ya era raro que hubiera venido al partido, pero más raro todavía ha sido ver como se acercaba del brazo de su mejor amiga, a la que conozco de toda la vida. Yo pensaba que venían a saludarme a mí, obviamente. Pero no. Han ido directos a Yudita. ¿Hola? ¿Abuelo? Estoy aquí. ¿Es que soy invisible? Nada. A mí, ni caso. Se han colocado detrás de ella y..., no sé cómo explicarlo, ha ocurrido algo mágico. Una coincidencia de las que suceden una vez cada trillón de años.

—¿Yudita? —ha dicho mi abuelo.

Yudita se ha dado la vuelta y se ha quedado congelada frente a ellos. Miraba a uno y después al otro, como tratando de encontrar la conexión entre ellos.

Después de unos segundos, que me han parecido muuy largos, su cara se ha iluminado, de verdad, literal, como si hubiera visto el tesoro de la cueva de Ali Babá. Se ha llevado las manos a la cabeza, en plan, dios, no me lo puedo creer. Después se ha frotado los ojos y ha vuelto a mirarlos. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué hacía mi abuelo allí con su amiga? ¿No será que esa mujer es...? No puede ser. Demasiada casualidad.

—Yudita —ha dicho por fin mi abuelo—, esta es...

Pero Yudita no le ha dejado terminar.

—Estrella. Eres Estrella.



Una tarde maravillosa

Abuela, estoy deseando verte. Por fin he encontrado a Estrella. Mejor dicho, ella me ha encontrado a mí. Pensaba que me iba a volver a casa con las manos vacías, pero lo que ocurrió el sábado ha sido..., no sé, un milagro, si es que existen. Estoy deseando contarte que Estrella está viva, que es una mujer feliz y que no ha dejado de pensar ni un solo minuto en ti. ¿Sabes quién nos ha puesto en contacto? ¡Tu amigo Facundo!

El de los tebeos, el que estaba enamorado de ti. ¿Te puedes creer que Facundo es el guía que me enseñó la ciudad? Y es también el abuelo de Berta. Y el mejor amigo de tu hermana. Ha sido una maravillosa casualidad que me ha regalado uno de los mejores momentos de mi vida. No te imaginas la impresión que me dio el sábado cuando, al final del partido, de mi último partido, alguien que estaba detrás de mí pronunció mi nombre y, al volverme..., te lo juro, abuela, te vi a ti. Tan alta como tú, y casi tanto como yo. Tu misma piel morena. Y llevaba tus mismos pendientes de perlitas. Pero no, no podías ser tú. La mujer que estaba frente a mí tenía los ojos verdes. Como los míos. Nuestros corazones conectaron al instante.

—Estrella...

—Yudita...

Cuando nos abrazamos, sentí que su cuerpo temblaba y yo no pude contener el llanto. Estaba abrazando a Estrella y a la vez te estaba abrazando a ti, abuela.

Era como si el pasado y el presente se conectaran en esos minutos que estuvimos unidas, reconociéndonos, encontrándonos. Fue Facundo el que nos sacó de nuestro trance al unirse al abrazo. Cuando miramos a nuestro alrededor, ahí estaban las chicas, también emocionadas; al ver la escena, se habían dado cuenta de quién era esa mujer. El silencio en el que nos habíamos quedado se convirtió en una explosión de aplausos.

—Vamos a mi casa, Yudita. Tenemos mucho que contarnos.

Me despedí de las chicas y les prometí que volvería pronto. Desde ese momento, Estrella y yo no paramos de hablar. Íbamos escoltadas por Facundo, que respetaba en silencio nuestra conversación. Al llegar a casa de Estrella, lo primero que hice fue darle tus cartas, abuela. Tenías que haberla visto: se abrazó a ellas como una madre abraza a su hijo recién nacido. Las he llevado siempre en la mochila,



por si de casualidad me cruzaba con ella. Intuía que, si esto pasaba, la reconocería. Como así ha sido. Nos pasamos toda la tarde hablando. Ella quería saberlo todo sobre ti. Todos estos años habéis estado alejadas físicamente, pero conectadas sin saberlo. Lo supe cuando se fue a su habitación y, al momento, volvió con una caja metálica entre las manos.

—Toma. Son para ella.

Cuando abrí la caja, me encontré con un montón de cartas con tu nombre escrito en el centro: «Sofía Galán de las Heras». Cincuenta cartas que, igual que tú, nunca te envió, porque no sabía dónde te habías ido.

Pasamos una tarde maravillosa. Y emocionante. Me habló de tu familia aquí. Y de tus padres, que también sufrieron mucho cuando pasaban los días y los meses y tú no volvías. Facundo escuchaba en silencio. Me dio por pensar en lo diferente que hubiera sido todo si le hubieras correspondido. Si hubiera habido una historia de amor entre vosotros, yo no estaría aquí...

Sí, pasamos una tarde maravillosa. Sentí que yo también recuperaba una parte de mí a través de Estrella.

Pero ya es hora de volverme a casa. Mi avión sale dentro de tres horas y tengo que meterlo todo en la maleta. No sé si me va a caber, con la cantidad de cosas que me ha dado Estrella para ti, abuela.

Ha llamado Samuel, que baje ya, que voy a llegar tarde al avión. Él siempre tan pendiente de mí. Le voy a echar de menos. Si no hubiera aterrizado en este hostal..., no sé qué hubiera pasado. Porque todas las casualidades que se han ido sucediendo comenzaron precisamente aquí abajo, en los sillones del vestíbulo, cuando le conté a qué había venido a Salamanca. Te debo una, Samuel.

—Que ya bajo, pesado —le he dicho cuando me ha llamado por segunda vez.

—No seas pesada tú y baja ya de una vez.

Qué mosca le habrá picado. Después de haberme despedido de la habitación que me ha cobijado todo

este tiempo, he bajado a recepción. Al entrar en el vestíbulo, me ha dado un vuelco el corazón: allí estaban Estrella y Facundo. ¿Qué hacen aquí, si ya me despedí de ellos ayer?

—¿Qué te pasa, te has quedado muda? ¿No vas a saludarlos?

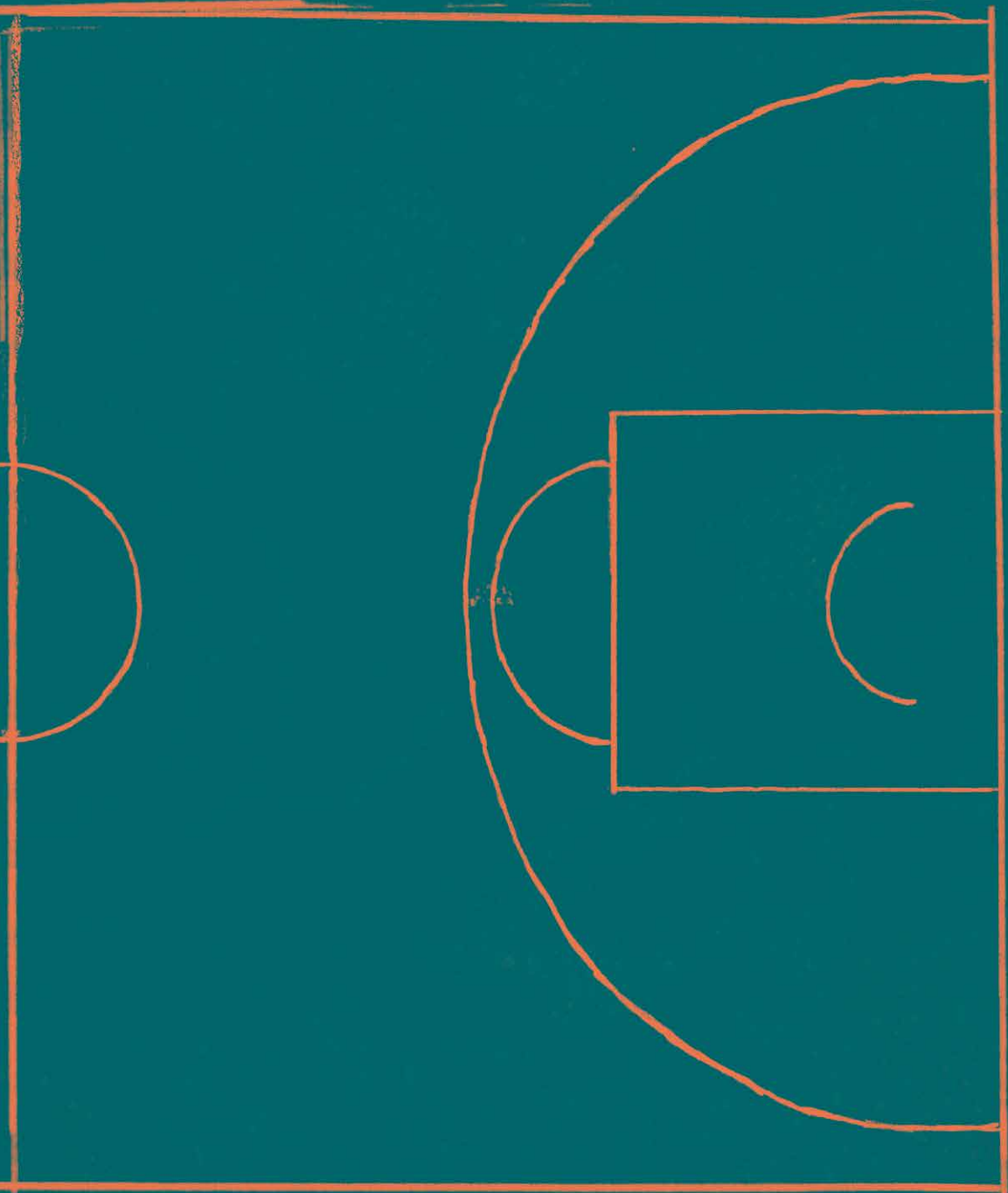
—Sí, sí, claro. Pero... No sé, no os esperaba. Yo ya me voy para el aeropuerto.

En ese momento me he fijado en que cada uno llevaba una mochila a la espalda. ¿Qué estaba pasando?

—Nos vamos contigo —ha dicho Estrella mientras me enseñaba dos billetes de avión—. No puedo estar ni un día más sin ver a mi hermana.

Abuela, prepárate. Te llevo una increíble sorpresa. Espero que tengas una silla a mano para no caerte de culo cuando entremos por la puerta.

Fin



F.

Este libro va de un sorprendente viaje. Mejor dicho, de dos. (Ya sabes que en los viajes pasan cosas... irrepetibles) ¿Qué misterio le lleva a **Yudita**, jugadora profesional de baloncesto, a volar a España? ¿Y qué camino les espera a **Berta** y a sus compañeras del equipo del colegio Monte Hermoso? Abre la primera página de este libro e inicia tú también tu propio viaje.

Financiado por:



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, FORMACIÓN PROFESIONAL
Y DEPORTES



Confederación Española de Asociaciones de Padres y Madres del Alumnado

Puerta del Sol, 4 - 6º A / 28013 MADRID / Tlf. (+34) 917 014 710
ceapa@ceapa.es / www.ceapa.es